

Una hermosa página de la Historia de América

Por Joaquín GUTIERREZ

(En *El Siglo* de Santiago de Chile, 5 de agosto de 1956)

Desde la cárcel pública de Santiago, un ciudadano preso me ha enviado en forma anónima un significativo regalo: se trata de un tomo de "Nuevas Poesías" del poeta chileno Guillermo Matta, editado en Leipzig, Alemania, en 1887. El primer poema del libro se titula "A América" y trae al pie una nota que dice:

"Estos versos fueron escritos en la época como se ve por la fecha, en que Walker y sus atrevidos filibusteros se habían apoderado de Nicaragua, amenazando a las otras repúblicas de Centro América y queriendo añadir nuevos Estados esclavócratas a la Confederación del Norte" (Estados Unidos). "En toda la América del Sur, hubo un grito de reprobación unánime".

El poema aparece fechado en 1857.

Aparte de agradecer el regalo del ciudadano que, 100 años justos después del poema vuelve a rendir con su gesto un homenaje chileno a una página de libertad y gloria americanas, quiero recordar brevemente esos hechos históricos, casi increíbles y terriblemente vigentes. (Piénsese en Guatemala).

"EL DIA DEL ERIZO"

Quien llegue a San José de Costa Rica y pregunte por el Monumento Nacional lo llevarán al más hermoso parque de la ciudad, en donde, esculpidos en bronce avanzan, guiados por la libertad semi-desnuda, los soldados campesinos centroamericanos, pisoteando los cadáveres de los filibusteros de Walker. Y cada año en Costa Rica se celebra y se recuerda el 11 de abril de 1856, como la más vibrante fecha de nuestra historia. Ese día los escolares van a la ciudad de Alajuela a rendir tributo de admiración a Juan Santamaría, el corneta del Ejército de Liberación que se convirtió en el héroe popular máximo de esa guerra. Ese día se conoce como **El Día del Erizo**, apodo con que la tropa bautizó al corneta por su pelo lacio, reconociéndole así un carácter entrañablemente popular a toda esa gesta histórica,

EL "PRESIDENTE" WALKER

Pero retrocedamos 100 años. El Río San Juan, en Nicaragua, aparecía en ese tiempo, 50 años antes del Canal de Panamá, como la más viable vía interoceánica: los apetitos se cernían sobre ella incitados por el desarrollo capitalista del Oeste de los Estados Unidos. Un aventurero audaz, William Walker, abogado

de Nueva Orleans, armó una banda de mercenarios y, aprovechando una lucha intestina en Nicaragua, entre liberales y conservadores, llegó, ocupó militarmente el país y se hizo proclamar **Presidente**. Su intento, además, hecho público, era el de convertir a los cinco países centroamericanos, en otros tantos Estados "esclavócratas", como dice con tanta precisión Guillermo Matta.

COSTA RICA DE PIE

En Costa Rica, país vecino al Sur de Nicaragua, el Presidente don Juan Rafael Mora vió claro el peligro: aquella primera marcha imperialista en el cuerpo de América Latina amenazaba con extenderse. Costa Rica era, en aquel tiempo, un país muy pequeño (120 mil habitantes) y muy pobre. Sin embargo, el Gobierno de Mora, progresista y emprendedor, había dado muchos trancos hacia adelante: se acababa de inaugurar el primer teatro formal, se había organizado el alumbrado de San José, se habían construido los edificios de la Universidad, el Palacio Nacional, la Fábrica de Licores (hasta hoy un monopolio del Estado) y el Hospital San Juan de Dios. La expansión del cultivo del café había mejorado la renta nacional y elevado el nivel de vida. La necesidad de una paz duradera para continuar este crecimiento era evidente.

¡Pero la soberanía estaba en peligro!

Y Mora comprendió que la soberanía y la libertad tenían que ser salvaguardadas. En proclamas candentes puso al país en pie de guerra. El apoyo de toda la población fue inmediato y ardiente, y las únicas protestas surgieron del campo de los cafetaleros —los más ricos— tanto que uno de ellos llegó a preguntar al Presidente: ¿Y con qué financiamos la guerra?

Mora, sin inmutarse, le contestó: —Primero con mi dinero y después con el suyo.

Se elevó a 9 mil hombres el Ejército nacional y se decretó un empréstito forzoso de \$ 100.000, repartido entre las mayores fortunas (latifundistas principalmente). Más tarde, en la segunda parte de la campaña, Perú concedió un préstamo de 18 mil libras esterlinas, en uno de los más significativos gestos de solidaridad latinoamericana.

LA GUERRA

La guerra se inició y fue cruenta y sin cuartel. Los costarricenses, armados,

con fusiles de chispa, luchaban en inferioridad de condiciones contra los filibusteros que ya contaban con rifles de repetición. Esto obligó al uso del arma blanca: machetes y bayonetas. Uno de los cornetas, que conocía los toques tradicionales pero que los consideraba insuficientes, inventó uno más, el toque: "¡A degüello!", pereciendo la primera vez que lo utilizó.

La guerra se centró en tres combates principales: Santa Rosa, Rivas y San Juan, estos dos últimos ya en suelo nicaragüense. Y fue en Rivas donde el anecdotario heroico se multiplicó.

Llovían las balas de los imperialistas que se habían atrincherado en el Mesón, imponente estructura que dominaba la plaza. En el momento en que un general, José Manuel Quirós, arengaba a la tropa que estaba sufriendo grandes pérdidas, un soldado le advirtió: ¡Agáchese mi general!—

Y él contestó: —Los generales no se agachan—, recibiendo el tiro fatal un instante después.

Fue ese día, el 11 de abril de 1856, cuando otro corneta, el ya mencionado Juan Santamaría, en la paz pintor de brocha gorda, se ofreció para avanzar armado de un tea incendiaria a quemar el Mesón. Lo cumplió muriendo en la empresa. Sus últimas palabras fueron:

—¡Encárguense de mi madre!

EL FIN DE WALKER

La campaña terminó con la expulsión de Walker, quien logró escapar en un barco de guerra. En las filas del ejército costarricense prendió entonces el cólera que traería resultados mucho más desastrosos al extenderse por todo el país, dejando más de 10 mil muertos, ¡casi el 10% de la población!

Mientras los costarricenses eran secultados por millares en zanjones y cubiertos de cal viva, Walker regresó a Estados Unidos y fue recibido en Nueva York triunfalmente, con arcos y flores, como un cónsul romano victorioso. Allí fue de nuevo financiado y armado y regresó al año siguiente a Centro América. Pero ahora fueron los 5 pueblos centroamericanos los que hirvieron en ira, se movilizaron y lo derrotaron. Esta vez fue capturado y fusilado.

Terminó así la campaña de los filibusteros. Página increíble en la historia de América en que un pueblo, el más pequeño de todos, hizo frente al "coloso del norte" mil veces más poderoso. Los estragos de la guerra fueron profundos pero se salvaron incólumes —esa vez— la libertad y la soberanía.

Concluye en la página siguiente.